

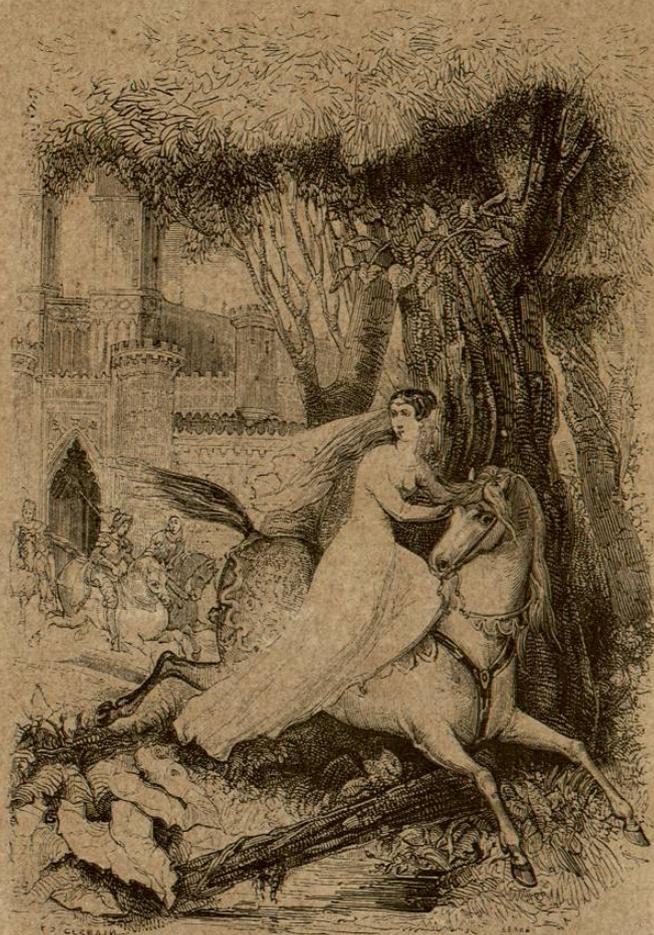
A quien de allí no léjos suponía,
Siguiendo va las huellas por la grama.

Solo Angélica, pues, y esta invisible,
Testigo fué de lucha tan terrible.
Del valor del pagano al ver las pruebas,
Al ver la furia del señor de Anglante,
La dama, amante de aventuras nuevas,
El yelmo, causa de la lid, descuelga,
Y de antemano en contemplar se huelga
Cual de su audaz proyecto
Debe de ser el sorprendente efecto.

Bien que resuelta á devolverlo á Orlando
Así que encuentre una ocasion, jugando
El yelmo coge, envuélvelo en su falda,
Atentamente á los guerros mira,
Y en seguida, volviéndoles la espalda,
Sin desplegar los labios se retira.
Largo trecho tras sí ya aquel terreno
Dejó la dama, cuando

Ansiosos ojos Ferragut tornando,
El hurto nota, y de coraje lleno,
Suspendiendo la lucha, dice á Orlando :
« ¿A qué lidiar? ¿no adviertes
« Cual, de necio tratando nuestro arrojo,
« De robarnos acaba
« Ese guerrero el único despojo
« Que al vencedor el triunfo reservaba? »

Tuerce la vista el conde, al ramo mira;
Mas el yelmo no ve, y ardiendo en ira,
Con Ferragut conviene en el instante
En que el ladron ha sido Sacripante.
La brida, pues, volviendo con coraje
Aguja á su corcel. Siguele el moro,
Y juntos así llegan á un paraje
Donde la verde yerba
Las recientes pisadas todavía
Del circaso y de Angélica conserva.
Del circaso la huella,



Angelica procura evitar á Orlando, Sacripante y Ferragut.
(T. I, p. 192.)

Hacia la izquierda, sigue por el llano
El de Anger, mientras el monte el africano
Registra por hallar á la doncella,
Y mientras que esta, de una fuente clara
Al llegar á las márgenes, se para.
Nada creyendo allí temer, de un tallo,
A la orilla del rio, el yelmo cuelga,
Y á atar va su caballo
Do mas fresca y mas alta ve la mielga.
Del musulman, en tanto que sin tregua
Tras ella corre, súbito se ofrece
A los ojos la dama. Enajenado
Por abrazarla él va; mas, en su yegua
Ella montando al punto, desaparece.
Confuso el agareno permanece,
A Mahoma maldice, á Trevigente
Y á sus profetas todos. De la fuente
En torno, tras Angélica girando,
El yelmo en esto ve; las letras mira
Que en su cerco grabadas dicen cuando,
Donde, como, y de quien lo obtuvo Orlando.
Cógelo pues; y sin que parte sea
A impedirlo el dolor que le trastorna,
Su sien con él adorna
Y ansioso parte, sin saber por donde,
Tras de la dama que á su afan se esconde.
De hallarla en fin perdida la esperanza;
Mas, calmada la angustia que le aflige
El yelmo al ver de que de hacerse dueño
Contrajo ha poco irrevocable empeño,
Hacia Paris ufano se dirige.
Sola, enojada, inquieta, ora invisible
Y descubierta agora,
Segun los pueblos donde pasa ó mora,
Firme Angélica siempre en su proyecto,
Toma de Oriente el rumbo mas directo,
Sin cesar en su mente reprobando
La causa que del yelmo priva á Orlando.

« ¿Es este, es este el pago, » se decia,
 « Que tan galan afecto merecia?
 « ¡ Ah! con buena intencion, sábelo el cielo,
 « Bien que diverso el resultado fuera,
 « Ese yelmo cogi. Mi solo anhelo
 « Fué poner fin á esa batalla fiera,
 « Y no servir al moro de instrumento
 « Para hacerle lograr su inicuo intento. »

Así su error la dama deplorando,
 Su camino seguia.

Tras largo viaje á un bosque llega un dia
 Donde, entre dos sus compañeros, muerto
 Un hermoso mancebo ve tendido,
 Con hierro agudo el corazon herido.

Has á Angélica dejo, al rey circaso
 Y á Ferragut. De Orlando á hablaros paso,
 Y á contar voy las penas que sostuvo
 En su pasion que fin al fin no tuvo.

Incógnito viajar el héroe quiere.
 Un nuevo yelmo, pues, al punto adquiere,
 Y, del encanto en el poder seguro,
 Ni mira si su temple es blando ó duro.
 Así cubierto, su camino sigue,
 Sin que noche ni sol, lluvia ni frio
 Un solo instante á demorar le obligue.

El sol, vertiendo en perlas su rocío,
 Sus fúlgidos caballos ya mostraba.
 Y el alba pura, derramando flores,
 De vistosos colores
 Los cielos y la tierra engalanaba,
 Cuando, en pos de su amada caminando,
 Y de Paris pasando á corto trecho,
 Del valor de su pecho
 Dió nuevas pruebas el ilustre Orlando.

Dos huestes allí nota. Una mandada
 Por el rey de Noricia, Manilardo,
 En otro tiempo intrépido y gallardo;
 Hoy achacoso, viejo,

Útil, mas que en la lid, en el consejo.
 La segunda obedece
 Al jóven rey de Tremecen, Alzirdo,
 Cuyo valor, esfuerzo y bizarría
 En África le dieron nombradía.

Con estas huestes acampado en torno
 De las murallas de Paris, que en vano
 Con frecuencia y con impetu asaltaba,
 En castillos y villas invernaba
 El resto del ejército africano.

De someter á Carlos todo medio
 Apurado por fin, piensa Agramante
 Poner á su ciudad estrecho asedio.
 Con este fin, no solo
 De su brillante juventud gran parte
 Incorpora á las huestes de Marsilio,
 Sino toda la gente asalariada
 Que seguir quiso en Francia su estandarte;
 Pues, á excepcion de alguno que otro fuerte,
 Del árabe en poder puso la suerte
 Gran parte de Gascuña y cuanta tierra
 Entre el mar de Arles y Paris se encierra.

Rotos sus grillos ya, los arroyuelos
 Por los nacientes prados discurrían,
 Y los árboles, libres de los hielos,
 De flores se cubrían
 Al aire alzando sus lozanas copas,
 Cuando el rey Agramante, de sus tropas
 Saber queriendo el número y la clase,
 Una revista ordena que se pase;
 Y á este efecto llegaba el de Noricia
 Con el de Tremecen, mientras Orlando
 Buscaba de su Angélica noticia.

Al ver al que jamas vió su segundo;
 A aquel á cuyo esfuerzo se rindieron
 Los guerreros mas célebres del mundo;
 Al ver de su semblante
 La altiva majestad, el noble gesto;

Alzirdo, que era jóven y arrogante,
 Hácia él dispuesto á combatir avanza.
 Fuéle empero funesto
 Tan temerario ardor, pues con su lanza
 El conde Orlando hiriéndole en el pecho,
 Del arzon lo sacó y á largo trecho
 Lo arrojó del caballo, que sin guia
 Despavorido el campo recorria.

Llena de horror la turba viendo al suelo
 Venir al jóven, por cuya ancha herida
 Con torrentes de sangre huye la vida,
 Un unánime grito lanza al cielo;
 Y, en desórden igual, con igual ruido
 Al que de cerdos forma una manada
 Al escuchar el eco dolorido
 De alguno de los suyos
 Con el cual corre el lobo á su morada,
 Todos á un tiempo al paladin gallardo
 Embisten, cual de cerca con espada,
 Cual de léjos con picas ó con dardo.
 Mas al héroe su número no importa;
 Y hiere y mata y corta,
 Sin que á los golpes de su brazo pueda
 La malla resistir mas que la seda.

¿Quién describir podrá todo el estrago
 Que en esta hueste Orlando hizo aquel día?
 La tierra apénas, hecho un rojo lago,
 Tanto cadáver contener podia.
 Con cabezas y brazos por los vientos
 Volaban ayes, quejas y lamentos.
 Bajo distintas y espantosas formas
 La torva muerte el campo visitando,
 « Durandarte, » decia,
 « Vale en manos de Orlando
 « Cien veces mas que la guadaña mia. »

Los que, solo y las sienas desceñidas
 Mirándole llegar, darle pensaron
 Fácil castigo, por salvar sus vidas

Desordenados huyen. Ni reparan
 En el rumbo que toman;
 Ni de buscar, ni de llevar consigo
 Se cuida nadie al deudo ni al amigo.

En medio de estas aterradas gentes,
 Andaba la virtud, con el espejo
 Que las manchas del alma hace patentes.
 Miróse en él tan solo
 El buen rey de Noricia, noble viejo
 En quien la edad el fuego de las venas,
 No el del alma apagó. Gloriosa muerte
 A ignominiosa fuga prefiriendo,
 La lanza enristra, que con golpe crudo
 Rompe de Orlando en medio del escudo.
 No se conmueve aqueste, y con el hierro,
 Que en su terrible mano está desnudo,
 Hiere al rey al pasar. La suerte, empero,
 Torciendo el golpe fiero,
 Preserva de la muerte al noble anciano,
 Bien que le arroja exánime en el llano.

El héroe luego, sin volver los ojos,
 Su camino cubriendo de despojos,
 Siguiendo va á la turba amedrentada,
 Y la acosa y destruye,
 Cual milano á bandada
 De jilguerillos que en desórden huye.

De viva gente, en fin, desamparado
 El campo viendo, en pos de su señora
 A partir se dispone; mas ignora
 Cual direccion tomar. De la doncella
 Teme alejarse, por buscar su huella.

Por el llano y el monte á cuantos topa
 Preguntando por ella,
 Pierde al cabo su via
 Cual ya perdido la razon habia,
 Y al pié de un cerro llega aquella noche,
 De cuyo hendido flanco, desde léjos,
 Pasmado ve salir vivos reflejos.

Cual, perdida de vista
 La liebre, sigue el cazador su pista,
 Y, ora en humilde bosque de quejigo,
 Ora en los campos que surcó la reja,
 De registrar no deja
 Ni una mata de cáñamo ó de trigo
 Do hallar pudo su víctima un abrigo;
 Así, mas lleno de esperanza, Orlando
 Iba ansioso á su Angélica buscando.

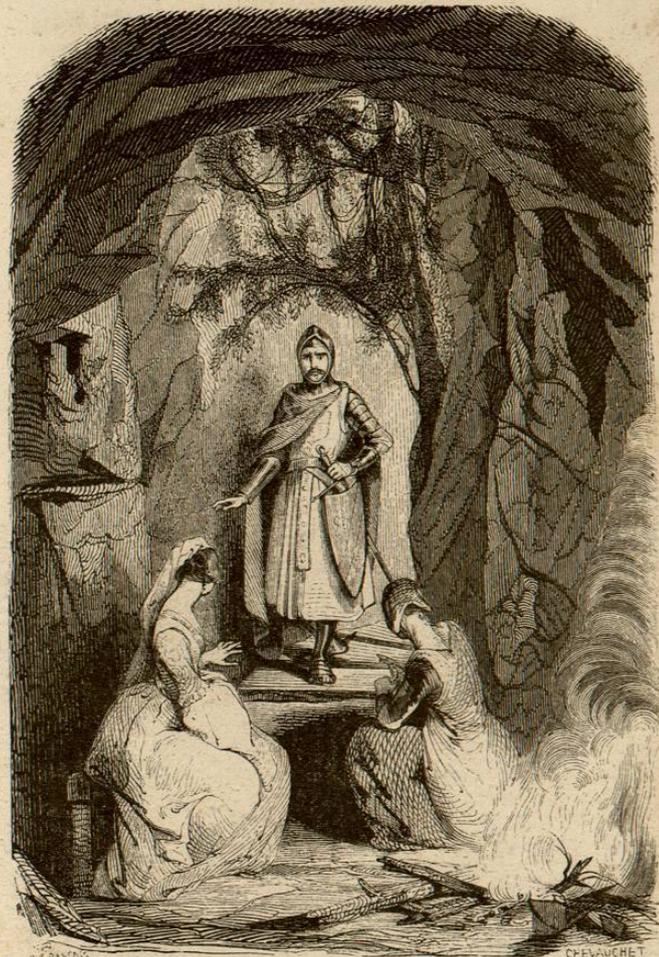
Marchando hácia la luz que ven sus ojos,
 Llega á la gruta. Su interior protegen
 Ramos, maleza, abrojos,
 Que á su boca se enlazan ó entretejen.
 Profundizar el conde
 El misterio queriendo que esto esconde,
 Ata el corcel, conduce
 Su paso hácia la bóveda encubierta,
 Y en ella se introduce
 Sin llamar ni esperar le abran la puerta.

Por grados se bajaba
 A esta negra mansion, que viva gente
 En su vasto recinto sepultaba.

El cincel que en la roca
 Sus muros fabricó, talló igualmente
 Hácia la diestra mano una poterna,
 Por donde y por su boca
 Tomaba luz la sepulcral caverna.

Sentada junto al fuego
 Una doncella el paladin ve luego.
 Los tres lustros su faz no descubria;
 Y, bien que algo ofuscada por el duelo,
 Su beldad en un cielo
 Aquel antro horroroso convertia.

Con ella disputando,
 Cual suele ser la mujeril manía,
 Allí una vieja se encontraba, cuando,
 Descendiendo á la gruta
 Y cortes saludándoias, Orlando



Orlando echa de ver á Isabel dentro de una cueva. (T. I, p. 198.)

Sus pláticas suspende y su disputa.
 Bien que turbadas al mirar al conde
 Y al escuchar su acento,
 Levantándose al punto de su asiento,
 A su saludo cada cual responde.
 « ¿ Quién es » prorumpe el jóven generoso,
 « Quién el mortal infame
 « Que aquí sepulta objeto tan hermoso? »
 Débil la virgen, con amargo llanto
 Inundando su rostro de azucenas,
 Narrarle puede apénas
 Lo que veréis, si os place, en otro canto.

CANTO XIII.

Principio de la historia de Isabel. — Mata Orlando á veinte foragidos que tenian encerrada á esta princesa, y parte de allí en su compañía. — Fuga de la vieja Gabrina. — Melisa indica de nuevo á Bradamante los medios de poner á Roger en libertad. — Entra Bradamante en el palacio encantado. — Reunen sus batallones los reyes Agramante y Marsilio.

¡ Felices los antiguos caballeros
 Que en las selvas, los montes, los oteros
 Y en los riscos fragosos,
 Morada de las sierpes y los osos,
 Topaban con doncellas
 Tal vez mucho mas bellas
 Que las que en los alcázares hoy dia
 Ojo escudriñador hallar podria!
 En una cueva Orlando
 Encontrando, cual dije, á una doncella,
 De su dolor la causa inquiere; y ella,
 Gimiendo y sollozando,
 Con voz mas dulce aun que lastimera
 A decirle empezó de esta manera:
 « Señor, bien que segura
 « De acrecentar mi horrenda desventura,